

con más violencia, y de cuando en cuando sacaba la cabeza por la portezuela del coche para encargarle al cochero que fuese más deprisa. Sin hablar se echaba de nuevo contra los asientos del coche. ¡No, no! esa esperanza es muy vaga; no podía realizarse, é iba á encontrar su casa vacía, desierta. No oiría en ella la charla ni las risotadas de su hija... ¡Ah! ¡Iba á llegar demasiado pronto! ¿No sería mejor conservar un instante más aquel fulgor de esperanza, por débil que fuese, que ver levantarse ante ella la implacable realidad?

Bien pronto se paró el carruaje; se apeó de él, y, á pesar de su resolución, se dirigió corriendo á la portería. No podía hablar, no se atrevía á preguntar. Por fin, con voz temblorosa, dijo estas palabras:

—¿La habéis visto? ¿Ha venido?

—¿Quién, señora?

—¡Mi hijal... Luisa...

La portera reflexionó un instante... un siglo... y después contestó:

—Sí, ha vuelto con el señor Didier, hace una hora lo menos; yo no la he visto, estaba dentro de la portería, pero he distinguido un traje blanco y he oído á la señorita que decía: «Despáchate, que están esperándonos.»

Marcela no oía ya. Subía la escalera apre-

suradamente. Gruesas lágrimas, de alegría esta vez, corrían por sus mejillas, oscureciendo su vista. Pero no tenía necesidad de ver, subía y subía siempre con sorprendente agilidad, entregada por completo á este pensamiento: «Está arriba, la abrazaré cuanto antes.»

Al llegar al cuarto piso se detuvo y tiró con fuerza de la campanilla.

Un joven de veintiocho á treinta años salió á abrir, y al verle exclamó Marcela:

—¿Y mi hija? ¿dónde está mi hija?

VII

Aquellas palabras causaron viva emoción en quien las oía. Titubeó, se puso descolorido, y quiso á su vez preguntar á Marcela. Sin darle tiempo para hablarla, le apartó de sí y se lanzó en la habitación.

Iba á seguirla, cuando de repente oyó un grito, y después, el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

El joven corrió hacia la sala. Marcela, desvanecida é inanimada, yacía tendida en tierra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO

En el momento en que se disponía á estrechar á su hija en sus brazos, se había encontrado con una niña que no era la suya.

Era de la misma edad que Luisa, había sido llevada á la calle de Amsterdam á pasar la tarde con su amigueta, y la portera, al verla subir la escalera, la había tomado por la hija de Marcela.

Ésta no pudo soportar tan terrible decepción, aquel nuevo sufrimiento; quedó anonadada bajo tan terrible golpe.

Cuando volvió en sí se encontró tendida en su cama, y vió delante al joven que había abierto la puerta, que la miraba, sin atreverse aún á preguntarla nada. Por la palidez que cubría su semblante y la contracción de su fisonomía, adivinó Marcela que esperaba ansiosamente sus explicaciones.

Entonces se volvió á él, le cogió las manos y le dijo con voz conmovida:

—Lo has comprendido ya, ¿no es cierto? ¡Se ha perdido nuestra hija! ¡Nos han robado nuestra Luisa, que tanto queríamos!

—Sí, lo había comprendido—contestó el interpelado.

—¡Qué modo de mirarme tienes!—exclamó Marcela.—¡Ah, lo adivino... sí!... ¡Pero perdóname... perdóname!

—¿Cómo he de acusarte yo?—respondió el joven.—Pero, ¿cómo ha sido el perderse?

Marcela se lo contó todo. Su salida con Luisa á los Campos Eliseos... la alegría de la niña... el accidente ocurrido en la carretera... cómo había sido separada de su niña durante medio minuto... su desesperación... las pesquisas que había hecho... los indicios obtenidos... su declaración ante el comisario... la esperanza que había abrigado... y que se convirtió en certidumbre por la equivocación de la portera.

Vió de repente otra niña distinta de la suya... y comprendiendo el error, cayó desmayada en tierra.

Cuando acabó su relación, él la dijo:

—Tienes razón. Luisa no se ha perdido, ha sido robada. ¡Pero no la han robado por ser hija tuya, sino por serlo mía!

Quiso interrogarle con su mirada sobre el sentido de aquellas palabras, y él contestó con energía:

—¡Sí, ha sido á mí á quien se ha querido herir! ¡Es á mí á quien se persigue siempre! ¡Ya han matado al artista; ahora quieren que sucumba el padre!

Marchaba de un extremo á otro con agitación, se hablaba á sí mismo, evocaba sus re-

cuerdos, repasaba su vida; parecía olvidarse de la presencia de Marcela. A veces, sin embargo, se volvía bruscamente hacia ella, y la decía:

—¿Te acuerdas de eso? ¿No es así como ha pasado?

—¡Sí!—contestaba Marcela,—sí, es cierto!

Y volvía á ver con él, con el pensamiento, esa existencia, de tal modo mezclada con la suya, que todo lo que á él le había ocurrido, sufrido y pasado, á ella le había ocurrido también, lo había sufrido, lo había pasado con él.

.....

Marcela Barrett, huérfana á los quince años, había sido recogida por su tío el marqués de Couëdic, uno de los más ricos propietarios del departamento de las Costas del Norte, y un legitimista tan apasionado, que no había querido jamás casarse, según él decía, para conservar su corazón á su Dios y á su rey. Vivía en Saint-Brieuc, á orillas del Gouët, á dos kilómetros del mar, y ocupaba una casa de campo de las más pintorescas de aquellos alrededores, pero al mismo tiempo de las más agrestes, donde vivía retirado, sin intinar con ninguna persona: no tenía vecinos.

Un día, sin embargo, supo que en una posesión de las cercanías, deshabitada largo tiempo y cuyas tierras lindaban con las suyas, acababa de ser visitada por su propietario el barón de Prades, que parecía tomar sus disposiciones para fijar su residencia en ella.

En efecto, el señor de Prades, á quien todo parisién bullidor habrá conocido con seguridad, después de haber consumido en unos cuantos años con el juego y bromas su fortuna personal y la de su mujer, mejor que vegetar en París, se había resignado á desterrarse voluntariamente en las Costas del Norte, en la única posesión que aún conservaba, acaso porque era difícil de vender. Viudo desde hacía tres años, le quedaba de su matrimonio un hijo llamado Didier, que acababa de terminar los estudios clásicos y que le pareció oportuno llevar consigo á Bretaña. La razón exigía que hubiese dejado al joven sufrir los exámenes y que terminase una carrera, como proyectó en un principio. Pero el barón temió estar demasiado solitario y contó con la compañía de su hijo para endulzar los rigores del destierro. Parecía resuelto á no gozar más que las alegrías íntimas del labrador, que ve madurar el trigo, y del padre de familia que vive en medio de los suyos.

Por eso supo con indiferencia que tenía por

vecino en aquel país un hombre de buena sociedad, con quien podía intimar sin temor alguno.

«No tengo necesidad de nadie, se decía á sí propio, cuidar de mis tierras y hacerme querer de mi hijo, serán la ocupación de mi vida; mi pasado queda borrado para siempre.» Porque se proponía también, para endulzar su ociosidad, evocar sus recuerdos más lejanos, gracias á las numerosas esquelas perfumadas que había recibido en otros tiempos y que conservaba cuidadosamente.

En efecto, una tarde de invierno abrió el cofrecito de ébano donde tenía guardadas esas cartas, que el tiempo, el fastidio de hallarse juntas, los celos que sufrían, habían hecho adquirir un tinte amarillento.

Las fué tomando una por una á la casualidad y según su capricho, y las leyó con un recogimiento y un respeto, que hubiera sido admirado y hasta hecho verter lágrimas á las firmantes de ellas.

Parecía un gastrónomo que, teniendo tiempo de sobra, se entretiene calmosamente en la comida, y así en cierto modo, le gustaban aquellas misivas, respiraba sus aromas y se sumergía, después de cada frase, en deliciosos ensueños.

Volvió á ver de este modo á todas aquellas preciosas mujeres que ante él habían desfilado en su primera y aun en su segunda edad, pasando largas horas en su compañía y amándolas retrospectivamente, con un ardor que acaso ellas no habrían podido comprender nunca que era capaz de sentir.

Fueron tantas, que ocuparon los ratos de ocio del barón durante dos inviernos y un verano. Pero cuando fué leída y releída la última de ellas, aspirado el último perfume, exhalado y agotado el último ensueño, llegó á convencerse de que su pasado, á pesar de haber tenido tantos encantos, no bastaba para hacer agradable su vida actual, y que un buen vecino no era de despreciar.

Entonces, cerró el cofrecillo, llamó á su hijo y emprendió con él el camino de Couëdic.

El propietario de esta casa de campo no tenía para distraerse ni cartas amorosas que leer, ni recuerdos felices de esa especie que evocar. Por eso creyó una gran suerte ser visitado por el barón, y le recibió divinamente.

Bien pronto los dos aristócratas intimaron sus relaciones de amistad y, como era de presumir, la sobrina del marqués, Marcela Barrett, y Didier, el hijo del señor de Prades, que eran compañeros de infancia, fueron creciendo

juntos, y no tardaron en quererse mutuamente.

El mayor de los dos jóvenes acababa de cumplir veinte años, el otro tenía apenas diecisiete. ¿No es la edad de los primeros amores? Todo les invitaba á quererse: su juventud, sus nacientes ardores, los sentidos que se despertaban, su corazón, cuyos primeros latidos sentían, conmovidos y asombrados, la gran soledad que les rodeaba por todas partes, el silencio del campo, la belleza del cielo, los esplendores de un paisaje admirable, el bramido del mar que se oía á lo lejos, y los acres perfumes de la playa, cubierta de algas marinas.

El tío de Marcela y el padre de Didier parecían animar aquellos juveniles amores, ó al menos, no trataban de combatirlos. Sin haberse explicado ninguno de los dos sobre la posibilidad de un matrimonio más ó menos tarde, entre los dos jóvenes, les había ocurrido algunas veces pensar en ello y sonreirse, siendo creíble, por tanto, que no hubiese obstáculo alguno que se opusiese á la realización de ese deseo común á todos.

Marcela y Didier no pensaban aún en el matrimonio; no se ocupaban más que en decirse que se querían. Eran felices tan sólo con estar juntos á todas las horas del día, apretarse las manos, mirarse y remirarse en silencio.

Didier encontraba encantadora á Marcela con un vestido de larga cola, que la servía de amazona cuando montaba el pequeño caballo bretón que la había dado su tío. Marcela no podía evitar dirigir furtivas miradas al naciente bigote de su acompañante, y admirar la elegancia de sus maneras, la dulzura de su voz y la expresión de su mirada.

En verano y en invierno se reunían al mediodía para no separarse hasta después de comer, un día en casa del señor de Couédic y al siguiente en la del señor de Prades. Los dos amigos ocupaban un sitio en un carruaje á las dos de la tarde, y daban lo que se llama en el país la vuelta al valle. Nada más fértil, más fresco ni más alegre que aquel inmenso valle, rodeado, en una extensión de diez kilómetros, por una carretera cubierta de sombras. Desde lo alto de tan precioso camino se admira la verde pradera, el riachuelo lleno de guijas, los numerosos ribazos que la protegen de los rayos demasiado abrasadores del sol, y el gran viaducto de piedra cubierto de musgo.

Los jóvenes escoltaban el carruaje á caballo, y sobreexcitada la imaginación con la belleza del paisaje, por los diversos aromas de la pradera, se dirigían ardientes miradas, humedecidas por el llanto de la alegría.

VIII

Este camino á través de las sinuosidades del valle, desemboca repentinamente en el puerto de Legué. Una flotilla de barcas pescadoras y de cabotaje, buques de pequeño número de toneladas, algunos bricks de finos mástiles, y á veces también alguna barca de tres velas, que no desplaza ni seis metros de agua, se balancean en la ribera del Gouët ó más bien en la especie de canal que conduce al mar.

El carruaje, escoltado siempre por sus dos caballeros, sigue los muelles, costea las casas esparcidas aquí y allá, y llegaba bien pronto á la playa. Entonces todo el mundo se paraba; el marqués apoyándose en un bastón de pico de cuervo, recuerdo de un antepasado suyo, daba su cotidiano paseo á pie, ordenado por su médico. El señor de Prades, vestido con irreprochable elegancia, y con una flor en el ojal de la levita, el antejo sin caérsele de las manos y el bigote cuidadosamente atusado,

marcha al lado de su amigo, y, continuando con él la comenzada conversación, busca por hábito, entre los grupos de mujeres que encontraba, un palmito bastante gracioso para traerle á la memoria el tiempo pasado y sus conquistas para siempre perdidas.

Marcela y Didier pedían permiso á sus parientes para dirigirse á la playa. En verano, si la mar estaba tranquila, después de detenerse en casa de una buena mujer del país, encargada de guardarles sus trajes de baño, entraban en las dos casetas de tablas que les habían construído para su uso bajo una cortadura de la costa. Al poco rato véfaseles salir, alegres, risueños y contentos con su nuevo traje, tan decente como pudiera serlo el que usaban en su casa. Marcela, sin vacilar y sin cuidarse al parecer de su compañero, corría hacia el mar. Nada había que detuviese su ímpetu. Hubiérase podido creerla pronta á perderse en la inmensidad; pero apenas la espuma de la primera ola mojaba las puntas de sus pies, se volvía atrás. Asustada y temerosa, buscaba á Didier con la vista y le llamaba en su auxilio. El se unía á ella, la cogía una mano, y los dos avanzaban despacito, con timidez, como si tuviesen miedo de mojarse. Cuando una ola más grande que otra

se formaba á lo lejos amenazando cogerles, huían de ella dando grandes carcajadas. Después de muchas idas y venidas, de pasos hacia adelante y retiradas repentinas, les llegaba el agua á las rodillas; entonces, renunciando á meterse más adentro, se decidían á dejarse caer hasta el fondo del mar, es decir, hasta sentarse, teniendo un pie metido en el agua, la cabeza inclinada hacia atrás y los codos apoyados en la arena. Conservaban aquella postura más de media hora, hablando, riendo mirando al cielo, observando las costumbres de las medusas que, engañadas por su inmovilidad, los tomaban por una roca y jugueteaban á su alrededor.

Por fin el frío se apoderaba de Marcela, y extendía los brazos, se arrodillaba, y después de hacer un gracioso esfuerzo, conseguía levantarse. Pero su traje, que cuando estaba seco formaba anchos pliegues, amplios y discretos, se pegaba ahora á su cuerpo y dibujaba sus formas. Mientras se bañaba no había pensado en esa perfidia de las ondas: la mar la servía de velo y evitaba que su pudor se alarmase; pero ahora estaba expuesta á las miradas de los humanos, al resplandor de la luz, y sobre todo á los atrevimientos del viento, que, conjurándose como el agua

contra ella, venía á dar sobre las partes aun flotantes del traje, y las hacía que se adhiriesen todavía más á la piel. Instintivamente se llevaba la mano á la túnica y trataba de despegar de su cuerpo la húmeda franela; pero la tela hacía resistencia, quedaba pegada á la carne, ó se inflaba un brevísimos rato para aplastarse al instante y dibujar claramente los contornos otras veces apenas indicados.

Entonces, intranquila, ruborizada y asustada ante lo largo del camino que la faltaba recorrer aún, en el estado en que se veía hasta llegar á la caseta, se llevaba la mano á la cabeza, se quitaba la redecilla de seda que retenía sus largos cabellos rubios, los dejaba caer sobre su pequeño cuello y sus espaldas, y medio oculta por éstos, ó creyendo estarlo, se dirigía corriendo á la caseta, donde guardaba sus vestidos.

Cuando la bravura del mar impedía á Marcela introducir en él ni aun los pies, Didier tomaba la revancha de aquellos baños á medias que su compañera le condenaba á tomar generalmente. A pesar de las advertencias hechas por una preciosa boca, los ruegos de dos ojos divinos, se vestía apresuradamente su traje, se levantaba el pantalón por encima de las rodillas para que no le estorbases los mo-

CAPITULO ALFONSO

U. A. N. D.

vimientos, se dirigía en busca de la ola y salvaba con unos cuantos embites las primeras oleadas, que son las que ofrecen mayor peligro. Entonces, no preocupándose ya ni de la profundidad del mar ni de su furia, se ponía á nadar en línea recta, sin ocuparse tampoco de la vuelta.

En la playa, lo más cerca posible del agua, en sitio preciso en que la mar moría á sus pies sin mojarlos, Marcela le seguía con los ojos, daba gritos de espanto cuando le veía desaparecer en el abismo abierto entre las olas, y respiraba más tranquila cuando un instante después le veía aparecer tranquilamente sobre su espumosa cima.

Si parecía dispuesto á alejarse demasiado de la orilla, ella le hacía señas desesperadas para que se volviese. Didier no la hacía caso, embriagado como todos los nadadores por el inmenso goce de luchar contra las olas furiosas, resistir su empuje, vencerlas y triunfar de su violencia y su ciega barbarie, con la calma, la destreza y la sangre fría.

Al finalizar el otoño y entrar ya el invierno, cuando un cielo gris da á la mar fúnebre aspecto, y el rigor de la temperatura impide pensar en los placeres del baño, Marcela y Didier, desde que llegaban al puerto de Legué,

en vez de correr hacia la playa, se dirigían al parque, donde se encuentran las ruinas de la torre de Cesson. Les gustaba visitar los recuerdos de otros tiempos, y sentados el uno junto al otro sobre un pedazo de piedra, se entretienen en reconstruir la torre, en hacer revivir su esplendor, sus muros de cinco metros de espesor, sus cuatros pisos y su doble circuito de fosos. La amueblaban con antiguas arcas bretonas, con tapices de precio, con sillones góticos, estandartes cogidos en tiempos de las Cruzadas, y por un efecto de imaginación y de memoria, volvían á ver los antiguos caballeros de Cesson cubiertos de su armadura y su casco de hierro, teniendo en una mano una oriflama y en la otra un escudo.

Pero el paseo á las ruinas no era siempre posible; cuando el viento soplaba con violencia, el muro antiquísimo que aún queda en pie, como si sirviera de faro á los marinos de la bahía, parece que oscila y que va á derrumbarse á veces; con el ímpetu de la ráfaga se desprende de sus compañeras una piedra, que había estado tan largo tiempo retenida junto á ellas, y rueda con estrépito de piso en piso hasta llegar al suelo, cubierto ya de escombros. En esos días el estar junto á la torre era peligroso; Marcela y Didier lo com-

prendían, y renunciando á recorrer los puntos elevados de la costa se contentaban con admirarlos desde la playa; ordinariamente seguían entonces la ribera del Gouët hasta su desembocadura, dirigiéndose hacia Paimpol; escalaban durante la marea baja algunas rocas, desde donde podía su vista extenderse sobre las cortaduras que cierran por aquel lado la bahía de Saint-Brieuc.

El día terminaba, como hemos dicho ya, ó en el castillo de Couëdic, ó en la morada del señor de Prades. Después de una abundante y suculenta comida, porque la mesa era casi su única distracción, el tío de Marcela y el padre de Didier se sentaban, en el invierno, junto á la chimenea, y en el verano en el terrado de la casa, y leían con verdadera delicia, el uno su antigua amiga la *Gaceta de Francia*, que le daba noticias de su rey; el otro su querido *Figaro*, que le recordaba su París tan querido, todo lo que en él se encuentra y todo lo que había perdido.

Los dos jóvenes aprovechaban su libertad para entregarse á la música, su distracción favorita. Marcela se ponía al piano y acompañaba á Didier, cuya voz tenía gran dulzura y una extensión notable en un hombre de su edad. Muchas veces, á mitad de una pieza, los

dedos de la joven se paraban de repente. Acostumbrado á esos *mutis* inesperados, Didier continuaba cantando, mientras que Marcela, con un codo puesto en el teclado, la cabeza apoyada en la mano, y los ojos fijos en su compañero, le escuchaba con embeleso.

Los días, las semanas, los años enteros pasaban así, llenos de felicidades. Pero una catástrofe imprevista amenazó la dicha de los dos jóvenes.

IX

Llegó un día en que la amistad del barón y del marqués se hizo menos íntima. La política, que no ha causado más que daños, sin que hablemos de crímenes, y ha cometido innumerables delitos, produjo esta desunión.

El señor de Couëdic, legitimista acérrimo, como bretón que era, no se apeaba nunca de sus principios, de la tradición y del derecho divino. El señor de Prades, por el contrario, era bretón por casualidad, por necesidad más bien, porque su matrimonio le había traído posesio-